

## ENCrucIJADA

García de Cortázar, «Las palabras del Rey» (Ediciones B, Barcelona, 1996) prueba de modo irrefutable que, por vez primera, en nuestra historia, fueron Don Juan y Don Juan Carlos quienes liberaron la idea de España de la camisa de fuerza de las distintas fuerzas antagónicas que habían amenazado con asfixiarla, y a punto estuvieron de conseguirlo, a lo largo de un siglo de pronunciamientos, sucesivas Repúblicas y golpes de Estado.

El proyecto de reconciliación y concordia entre españoles de distinta obediencia política, cultural, lingüística y religiosa es un proyecto sin precedentes en nuestra larga historia espiritual, donde, desde nuestros orígenes, había primado el enfrentamiento cainita, las expulsiones masivas y las guerras civiles. La no vertebración de España denunciada por Aribau y Rosalía mucho antes que por Ganivet, Unamuno y Ortega, era y ha continuado siendo, agravada, por la demagogia, durante la última

década, el fruto podrido de esa herencia trágica.

La novedad radical que trajo consigo la palabra y la obra de Don Juan Carlos fue el rescate, reconciliación y concordia entre todas las lenguas y todas las religiones que hicieron de España la encrucijada fundacional de la civilización europea, llevando sus fronteras espirituales mucho más allá de nuestras fronteras geográficas. (En verdad, España comenzó definiendo, sólo, digo bien sólo, como recordarán los lectores de Rafael Lapesa y Americo Castro, a la España musulmana, mucho antes de ser la patria de las tres religiones del Libro, donde las primeras lenguas de influencia fueron el latín, el árabe, el hebreo y el arameo, mucho antes de que el castellano, que sólo alcanzaría su Universidad algunos siglos más tarde). Esa es la realidad y encrucijada donde se inscribe lo único sustancial del diálogo entre castellanos, vascos y catalanes. El éxito o el fracaso de ese diálogo hipoteca la entrada de España en el siglo XXI.

Juan Pedro QUIÑONERO

## ZIGZAG

## 150 aniversario de Joaquín Costa

La conmemoración del 150 aniversario del nacimiento del ilustre escritor y político aragonés, Joaquín Costa, no debe ser desperdiciada por aquellos que están hoy empeñados en la regeneración de la vida pública española, tras los años de crisis que ha sufrido nuestro país durante el auge y la decadencia del felpismo. El presidente del Gobierno ha entendido la importancia del centenario de 1898 que se aproxima y ha creado una Comisión Nacional para organizar los actos conmemorativos de este acontecimiento que marcó la relación de España con el siglo que ahora termina. La celebración, el recuerdo de los «regeneracionis-

tas», de los cuales fue Costa, líder indiscutible, es la otra cara de esa moneda. La actuación del Gobierno de Aznar puede encontrar sus raíces y su aliento en el pensamiento y la vida de aquellos españoles, que, con un talante crítico y reformista, tanto hicieron por despertar a España de su sopor de siglos e impulsaría por el camino de la modernidad, la democracia y el europeísmo. El merecido homenaje a Joaquín Costa es una oportunidad para que todos reflexionemos sobre el rumbo actual de España y para que aprendamos a distinguir entre verdaderos y falsos reformismos.

OVIDIO

## CARRERA SUPERIOR EN Y MARKETING

## TITULADOS SUPERIORES ESIC

La Escuela Superior de Gestión Comercial y Marketing (ESIC) es líder en la enseñanza de Marketing en España.

- Duración: cinco años • Titulación Privada • Más de treinta años
- 5.000 Antiguos Alumnos • Bolsa de Trabajo (4 ofertas diarias)
- Prácticas en Empresas (370 en el curso 95/96) • Acceso a estudios internacionales (EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Portugal y México)

ESIC es miembro de la Asociación Española de Escuelas de Dirección de Empresas (AEEDE) y de EFMD (European Foundation for Management Development).

Centros en: Pozuelo de Alarcón (Madrid) • Valencia • Madrid • Zaragoza • Pamplona • Sevilla

Escenas políticas  
HEMEROTECA  
F. MERINO SANCHEZ  
LA REPÚBLICA

POR las almenas del viejo castillo se pasea estas noches el fantasma de la República. Viejo y temeroso fantasma, atrayente también para algunos, que siempre tiene la fascinación libertaria de la revolución. Julio Anguita ha tirado la piedra en el estanque político. Lluve un poco sobre mojado. Ahí estaba el discurso de la república de García-Trevijano, que fue juanista, estorilista o legiti-



han extremado la exigencia de ejemplaridad que los españoles tienen derecho a esperar de la conducta de sus reyes y príncipes.

En este final del siglo XX, pesa sobre las Casas Reales aquella tan repetida profecía del destronado Faruk: «Dentro de unos años sólo quedarán cinco reyes en el mundo, el de Inglaterra y los cuatro de la baraja». «Y el de Inglaterra, en tenguengue», añadiría hoy algún inglés temeroso. Y

aquí se pronuncian con desconcierto, algunos nombres de aventureros económicos o políticos, arrimados descaradamente al ascua real.

Algunas murmuraciones de dentro, alguna charada política que se intenta resolver con impulsos soberanos y el mal ejemplo de fuera habrán favorecido quizá esta reaparición del fantasma de la República, bajo cuya sábana sólo, hasta ahora, se esconde Anguita. No es que los españoles se acostaran monárquicos anteaer y se hayan levantado republicanos. Más bien lo que sucedió aquí es que en el 75, más o menos, los españoles nos acostamos republicanos y poco a poco nos hemos despertado monárquicos de esta Monarquía, protagonista feliz de la Transición e impulsora hacia la democracia. En realidad, esta es una Monarquía traída por republicanos. Eso lo ha explicado muy aguda y certeramente José María García Escudero.

Yo soy uno de aquellos republicanos que puso su granito de arena para traer esta Monarquía, que fue, entonces, la única posible, y que supuso el sacrificio de una persona tan meritoria como Don Juan de Borbón. Y eso lo ha explicado muy bien Luis María Anson, que ha convertido en «best-seller» el relato minucioso de esta historia, larga y dolorosa por otra parte. La experiencia republicana ha sido aquí tan triste por un lado y tan breve por otro, que todos los republicanos de esta Monarquía deberíamos desear que no nos contagien otras dinastías la enfermedad de la frivolidad y la codicia, y que el fantasma que ha despertado Anguita se suma en un largo y profundo sueño.

Jaime CAMPANY

mista, o sea que viene de la Monarquía. Hace el camino contrario al de la mayor parte de los españoles, que hemos venido de la república a la Monarquía. Bueno, al fin y al cabo, don Niceto Alcalá-Zamora, primer presidente de la Segunda República había sido ministro de la Corona, y García-Trevijano no llegó a tanto. Y ahí están las memorias de ese niño republicano que fue Haro Tecglen, la momia vendada con banderitas republicanas embalsamadas, y por ahí anda Pablo Sebastián, que quiere sacar una revista que se llame «La República», y Raúl del Pozo, que juega al golf con el ectoplasma republicano de Pérez de Ayala, y hasta José María Aznar tiene sueños eróticos con don Manuel Azaña y lo escucha por las noches pronunciar en la Cámara discursos de ateneo.

La Monarquía es la institución más valorada por los españoles de la democracia, y nadie pasa por la calle ahora cantando el himno de Riego. Algunas banderas republicanas sacaron en la transición para llevarlas a los mítines de Alfonso Guerra y similares, pero desaparecieron pronto como flores de un día. Tres o cuatro separatistas vascos y otros tantos catalanes son los únicos españoles que no han sembrado de aplausos y adhesiones las visitas de Don Juan Carlos. En cierto modo, esas expresiones esfuerzan el símbolo de unidad de la nación que representa el Rey.

Pero algunos sucesos de la última política han sembrado algún desconcierto. Los escándalos de otros palacios, empezando por el inglés (Buckingham parecía invulnerable), los chismorreos de alcoba, y de piscina, de las princesas monegascas, y algún que otro argumento de Prensa del «cuore»,